

LA PETICIÓN DE

Olivia



ABRIL CAMINO

booket

Abril Camino

La petición de Olivia



La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Abril Camino, 2024
© Editorial Planeta, S. A., 2024
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Diseño de la cubierta: Booket / Área Editorial Grupo Planeta
Ilustraciones de la cubierta: Shutterstock
Primera edición en Colección Booket: junio de 2024

Depósito legal: B. 9.820-2024
ISBN: 978-84-08-28298-3
Composición: Realización Planeta
Impresión y encuadernación: Liberdúplex, S. L.
Printed in Spain - Impreso en España

1

La petición

Julio de 2017

Olivia evaluó la imagen que le devolvía el espejo de cuerpo entero del ascensor y sonrió satisfecha. Nada estaba exactamente en el mismo lugar que a los veintitrés, pero tampoco se podía quejar de su aspecto con treinta y cinco años recién cumplidos. Se retocó un poco el pintalabios, bajo la atenta mirada del ascensorista de ese restaurante ubicado en la última planta de un exclusivo hotel de Manhattan, y, como solía ocurrirle, dudó de si la habría reconocido como aquella cara que se había vuelto popular hacía más de una década o si solo estaría echándole un vistazo más de la cuenta.

El ding del ascensor anunció que ya habían alcanzado la planta cuarenta y tres, y Olivia respiró hondo. Llegaba temprano, como siempre, y sabía que Taylor llegaría tarde, también como siempre. Había cosas que no cambiarían nunca.

El *maître* la acompañó a una mesa situada cerca de los grandes ventanales. Se le escapó una media sonrisa al pen-

sar en cuántas citas habría tenido Taylor allí; al estar la reserva a nombre de él, estaba segura de que le habían asignado su mesa habitual. Se alegró de que estuviera en una localización íntima, pues era perfecta para lo que quería hablar con su exmarido aquella noche.

Olivia se ponía más nerviosa a cada momento que pasaba mientras esperaba a Taylor. Aceptó el cóctel de Martini, vodka y zumo de arándanos que le ofreció un camarero y lo bebió con calma mientras evaluaba el atuendo que había elegido. Por enésima vez. Hacía años que no seleccionaba con demasiado cuidado lo que se ponía para ver a Taylor; quizá nunca lo había hecho. Lo suyo nunca había consistido en impresionarse el uno al otro... Todo lo contrario.

Pero aquel día los nervios se la comían por la propuesta que iba a hacerle; por eso le daba vueltas a todo, su vestuario incluido. Había elegido un *short* flojo de cuero, una camiseta gris sin mangas con incrustaciones de pedrería y una cazadora vaquera con un bordado *old school* en la espalda. Con sus brazos tatuados al descubierto y los rizos rubios secos al aire, algo asilvestrados, sabía que atraería algunas miradas en aquel restaurante tan elitista en el que se reunía la alta sociedad neoyorquina. En realidad, no podía importarle menos.

—Tarde, para variar. —Oyó la voz de Taylor a su espalda y no tuvo que girarse para imaginar su sonrisa de disculpa. Había aprendido con los años a no enfadarse por sus célebres retrasos—. Muchas felicidades, Liv.

—Gracias, Tay.

Olivia se levantó y, una vez más, se quedó impresionada al verlo. Se conocían desde que tenían uso de razón, se habían visto desnudos de todas las formas y en todas las posturas imaginables, se encontraba su imagen casi a diario en revistas, catálogos y anuncios a tamaño gigante, pero, aun así, el físico de Taylor Gardner nunca dejaba de

impresionarla. Ni a ella ni a la mitad del planeta Tierra. Era alto, un metro noventa y tres según decía su ficha en la agencia de modelos que lo representaba, aunque Olivia sabía que en realidad medía uno noventa y cuatro; con ese cuerpo que le había dado la madre naturaleza y que él mantenía a fuerza de mucho gimnasio y épocas de dieta extrema; el pelo castaño un poco rizado, los ojos azules, esa sonrisa matadora que le dibujaba dos hoyuelos en las mejillas... No era difícil comprender por qué las mujeres caían rendidas a sus pies.

—Joder, qué guapa estás.

Olivia sonrió mientras Taylor la envolvía en un abrazo tan sincero que en él ya no había rastro de una expareja que se había dicho las cosas más crueles en los peores momentos ni de aquellos dos chicos que un día habían sido los favoritos de la prensa de cotilleo... ni siquiera de aquellos adolescentes que se enamoraron entre atardeceres en el campo de fútbol de su instituto. Abrazados, simplemente eran Olivia y Taylor.

Olivia sintió como el olor de él se le colaba hasta la pituitaria. Y es que, a pesar de que Taylor había protagonizado más anuncios de perfume masculino de los que se pudieran contar con los dedos de ambas manos, en la vida real jamás los utilizaba. El Taylor que ella conocía solo olía a jabón, a pasta de dientes y al suavizante de su ropa. Ese era el olor de todos los abrazos que se habían dado desde que habían pasado del estatus de marido y mujer al de viejos amigos.

—Tú tampoco estás mal.

Él le sonrió, ambos se burlaron de las miradas que atraían, se molestaron un poco por el teléfono móvil de una de las clientas del restaurante, cuya cámara apuntaba hacia su mesa, y, por fin, pidieron la cena.

—*Fetuccini* Alfredo, ¿en serio? —Olivia alzó las cejas en dirección a Taylor. Los hidratos de carbono no entra-

ban en su dieta desde hacía siglos, a pesar de que ella sabía que la pasta y la pizza le hacían perder la cabeza.

—Acabo de salir de una serie de sesiones de fotos que no te imaginas. Dos semanas enteras, mañana y tarde, de madrugada... No he parado. Por mis cojones que me voy a comer ese plato de *fetuccini*.

Olivia puso los ojos en blanco al oírlo hablar así. Aunque en público diera siempre la imagen de perfecto galán, los que lo conocían sabían que era el tío más malhablado de Nueva York.

Charlaron de temas sin importancia durante la mayor parte de la cena, aunque los dos sabían que había un asunto flotando en el ambiente que, antes o después, acabaría por salir. Ella, porque era la que guardaba la bomba dentro; él, porque no era habitual que quedaran por sorpresa.

Hacía ya muchos años que habían decidido no seguir formando parte de sus respectivas vidas de manera habitual. La tentación de continuar compartiéndolo todo, menos el matrimonio, se los había comido durante el primer año separados. Quedaban, hablaban, disfrutaban de la compañía del otro, acababan acostándose, Olivia le pedía que volvieran a intentarlo, él la rechazaba, ella lloraba, él se sentía una mierda... Hasta que, un día, Olivia le dijo que no quería que volvieran a verse nunca, porque ella solo podría rehacerse si lo dejaba fuera de su entorno. Y a él se le rompió un poco el corazón de la pura añoranza, pero lo entendió y se lo concedió. Solo cuando estaban despidiéndose para siempre, con lágrimas en los ojos, se atrevió a pedirle algo: que cenaran juntos, cada año, el día del aniversario de su boda. El cuatro de mayo. Se enviarían un mensaje, se verían y no ocurriría nada más que una cena entre amigos en la que se pondrían al tanto de sus vidas. Ni una sola vez en nueve años habían faltado a la cita.

Además, aunque Nueva York fuese muy grande, el mundo de la moda resultaba bastante pequeño, así que de vez en cuando coincidían en algún evento, por más que Olivia estuviera muy retirada de toda aquella vida pública que había acabado por repugnarla. Y compartían amistad con Becky Wordsworth, que había sido la agente de ambos cuando comenzaban su carrera. Aún lo era de Taylor, y también era la mejor amiga de Olivia. Se veían a veces en las fiestas que Becky organizaba en su mansión de los Hamptons. Aparte de eso, no quedaban nunca.

Hacía casi tres meses de la última cena de aniversario, de aquella cita que había resultado algo melancólica los primeros años, pero que ahora era para ambos una de sus noches favoritas del año.

Compartían un *brownie* de chocolate blanco con helado de frutos rojos —porque Taylor parecía haber mandado a paseo su dieta de forma definitiva—, cuando Olivia se decidió a soltar la bomba.

—Bueno..., supongo que te habrá sorprendido que te llamara para quedar hoy —le dijo, con la voz algo entrecortada por los nervios.

—Es tu cumpleaños. Siempre es un placer poder felicitarte en persona.

—No seas zalamero conmigo, Tay. —Olivia levantó la cuchara con gesto amenazante, y a él se le escapó una carcajada sincera—. No te he invitado a una comida por mi cumpleaños desde que éramos unos críos.

—Pues... tú dirás a qué se debe el honor.

—Yo... Em... Bueno, quería decirte que... —A Olivia se le atascaron las palabras. Había ensayado el discurso durante días delante del espejo, pero, de repente, se le había olvidado el comienzo y había perdido pie.

—¡Hostias, Liv! Habla de una vez, que me estás volviendo loco.

—Voy a ser madre.

Taylor sintió un maremoto de emociones cuando la oyó decir aquello. Sintió felicidad, por supuesto; podría pasar mil años sin saber nada de Olivia, que él siempre se alegraría de cualquier cosa que la hiciera feliz.

No lo reconocería en voz alta, pero también notó que se descargaba el peso de la culpabilidad de los hombros. Él sabía que una de las ilusiones que se le habían roto a Olivia con el divorcio, entre otras muchas, había sido la de tener hijos. Quizá aquella había resultado la más dolorosa. Él siempre había sentido que la había privado de algo que soñaron juntos y meditaron en muchas noches de conversaciones sobre la vida. Ambos querían ser padres jóvenes, pero él se había bajado de aquel sueño, como de tantos otros. Ella nunca lo había culpado, no más allá de las horribles discusiones que siguieron a aquella aciaga mañana en la que se había roto lo suyo, pero Taylor sabía que, si hubieran seguido casados, habrían sido padres más pronto que tarde.

También sintió otras cosas al oírla decir aquello... Cosas de las que no estaba tan orgulloso, como que algo se le rompía dentro. Aunque hubieran pasado años desde el divorcio, él seguía considerando a Olivia un poco suya. No en el sentido de posesión, ¡por Dios! Nunca había sido de esos. Más bien era... que Olivia estaba dentro de él. Era la protagonista de los mejores momentos de su adolescencia, de la de ambos; era la mano de Olivia la que cogió entre las suyas cuando empezaban a soñar con un futuro en el que podrían ser lo que quisieran; era la única mujer a la que había llevado al altar, aunque hubiese sido a uno cutre de Las Vegas, y él sabía que sería la única.

—Felicidades. —Fue al fin capaz de decir.

—No, no... No me has entendido bien.

—¿Hay varias formas de entender eso que acabas de decir? —le preguntó, con una risa burlona.

—Pues... —Olivia se contagió y los dos compartieron una carcajada nerviosa—. Que no estoy embarazada, vamos.

—¿Entonces?

—Aún. *Aún* no estoy embarazada. Pero planeo estarlo pronto.

—Entonces... Felicidades por partida doble. —Taylor le sonrió y ella tuvo la sensación de que había algo de tristeza en aquel gesto—. No tenía ni idea de que estabas con alguien.

—Es que ahí está el quid de la cuestión. No estoy con nadie. Quiero... quiero ser madre sola.

—Joder.

Taylor la miró con admiración y recordó a aquella chica tímida a la que la fama le había venido grande; que se había sentido insegura, incómoda y fuera de lugar durante años. La mujer que tenía delante, más de una década después, era una empresaria de éxito, la persona más fuerte que había conocido en su vida y, ahora, se lanzaba a la aventura de ser madre soltera en aquella jungla de asfalto que era Nueva York.

—Eres muy valiente, Liv. Felicidades por tercera vez.

—Gracias.

Los dos guardaron silencio. Sabían que había muchas cosas ocultas en aquella información. Olivia se había criado bastante sola, como hija única de una familia monoparental, y siempre había deseado una gran prole de niños a su alrededor, un matrimonio estable en el que criarlos y una casita con valla blanca en el campo donde verlos crecer. Pero la vida moldea a veces los sueños, y Olivia se había cansado de esperar a ese príncipe azul que no llegaba, o que había llegado y se había marchado, y los treinta y cinco eran la edad que se había marcado como límite para cumplir su deseo de ser madre.

—Supongo que no hace falta que te diga que siem-

pre, siempre, siempre podrás contar conmigo si necesitas algo. Durante el embarazo, con el bebé... Lo que sea, Liv. —Taylor se permitió posar una mano sobre la de ella—. Lo sabes, ¿no?

—Lo sé. —Ella lo miró, con los ojos algo acuosos por la emoción de oírlo decir aquello, y supo que había llegado el momento de hacer su petición, por mucho pánico que le diera—. De hecho..., para eso te he citado aquí. Porque hay algo que quiero pedirte.

—Lo que sea.

—No hables tan rápido. —Olivia se rio, más por los nervios que por otra cosa—. No es algo que vaya a necesitar durante el embarazo ni durante el parto ni cuando haya nacido el bebé. En realidad..., es antes.

—¿Antes? —Taylor frunció el ceño.

—Yo... Estoy a punto de iniciar el tratamiento en una clínica de fertilidad y... he... he estado mirando los catálogos de donantes. El caso es... es que...

—¿Sí? —Taylor preguntó con la voz teñida de sospecha. No sabía si quería escuchar lo que venía a continuación porque le daba pánico y le hacía ilusión al mismo tiempo.

—Aunque la clínica tiene mucho prestigio y todo eso, no sé... El tema de los catálogos de donantes me ha dejado un poco inquieta; lo veo tan frío... Y bueno... La asesora que me han asignado en la clínica me ha hablado de la posibilidad de... de buscar a un donante conocido..., de pedírselo a alguien... a alguien que...

—Liv. —Taylor la tomó con suavidad por el mentón y la obligó a enfrentar su mirada—. ¿Me estás pidiendo que sea el padre de tu hijo?

—¡No! —Ella se apartó y empezó a gesticular con las manos, como hacía siempre que estaba nerviosa—. No, no. No es eso, Tay. Sería solo, si estás de acuerdo, por supuesto, que pasaras por la clínica a hacer una donación

y a firmar unos documentos de descarga de responsabilidad. Vamos, que no sería tu hijo, es... como si hicieras una donación anónima.

—¿Por qué yo? —le preguntó él, y se sorprendió al sentir un nudo en la garganta que impedía que las palabras le salieran con fluidez.

—A ver, le he estado dando muchas vueltas. Para empezar, eres un tío listo. Siempre se te ha dado bien estudiar y no recuerdo que hicieras un esfuerzo demasiado grande para ello, así que supongo que, a pesar de que a menudo haces todo lo posible por demostrar lo contrario, debe de haber buena materia gris dentro de esa cabeza de chorlito. —La broma relajó un poco el ambiente y ambos se rieron—. Que eres guapo no hace falta que te lo diga yo, te lo recuerda la revista *Vogue* en cada número.

—Se les olvidó en junio. Voy a tener que pegarles un toque. —Taylor chasqueó la lengua y Olivia puso los ojos en blanco, pero no pudo evitar la carcajada.

—Y tienes unos antecedentes familiares impecables. Tus abuelos están sanos como robles con casi noventa años, no hay una sola enfermedad congénita en tu familia y tienes esa dentadura perfecta sin haber pasado por la pesadilla de la ortodancia.

—Pero soy miope.

—Las gafas son tendencia. Tendré un hijo a la última moda.

Los dos sonrieron y supieron a la perfección lo que estaban haciendo. Siempre se les había dado bien teñir de humor los temas serios, y puede que aquel fuera el más serio que habían tratado jamás.

—Bromas aparte, Liv... ¿Estás segura de lo que vas a hacer?

—De ser madre soltera, sin ninguna duda. Tay, sabes que siempre ha sido mi sueño tener hijos. A los treinta me propuse muy en serio encontrar al hombre perfecto para

formar una familia, pero llevo cinco años besando sapos y hasta aquí hemos llegado. Tengo treinta y cinco años. Si quiero tener más de un hijo, no me queda demasiado tiempo.

—Ah, o sea que me vas a robar la esencia más de una vez, ¿no?

—En la clínica —Olivia se sonrojó— me han dicho que se puede congelar parte de las muestras para utilizarlas en el futuro.

—Comprendo.

El camarero los interrumpió y pidieron dos té negros para dar por finalizada la cena. Se mantuvieron en silencio mientras filtraban la infusión, la removían y le daban el primer sorbo.

—¿Y bien? —preguntó Olivia, muerta de miedo.

—Invítame a una copa mientras me lo pienso, anda.

Salieron del restaurante comentando temas más triviales. Taylor habló de las últimas campañas que había hecho para diferentes marcas; Olivia, de cómo iban las cosas en la escuela de modelos que dirigía en el Village. Compartieron un par de cotilleos de modelos, agentes, periodistas y todo ese universo tan particular que era el mundo de la moda. Olivia se rio con ganas, como siempre le ocurría, cuando pasaron junto a una marquesina de autobús en la que Taylor, semidesnudo, pretendía venderle al mundo un televisor de alta gama.

—Nunca entenderé por qué tienes que ponerte en pelotas para vender una tele. ¡Una tele!

—Ay, Liv. Se te olvida que yo siempre hago mucho mejor las cosas desnudo que vestido.

—Algo recuerdo, sí.

El ambiente entre ellos era distendido, como siempre que se veían, aunque algo enrarecido por la conversación anterior. En cierto modo, era como si la atmósfera fuera más íntima de lo que había sido en años. Olivia sabía que

le estaba pidiendo mucho, pero no había sido capaz de pensar en alguien mejor que Taylor para recibir aquella donación que la convertiría en madre. Y le había mentado un poco, porque no era su físico ni su salud de hierro ni aquella perfecta dentadura natural lo que la habían hecho decidirse... Era que Tay, por encima de todo, era un buen tío. Aunque le hubiera roto el corazón en el pasado, aunque se hubiera perdido en los laureles de la fama, aunque a veces le costara comprenderlo..., él nunca le había fallado como persona.

Entraron en un club de la parte baja de la ciudad. Los dos habían estado allí algunas veces por separado, pero nunca juntos. Era el local favorito de Becky, que lo frecuentaba cuando no quería encontrarse con gente del mundo de la moda. Les vendría bien ese tipo de intimidad.

Taylor pidió dos *whiskies* con limón y a Olivia le hizo gracia que él recordara lo que siempre bebían, a pesar de que llevaban años sin tomarse juntos una copa en un club. Se arrellanaron en un sofá esquinero, lejos de miradas indiscretas, y comentaron cuánto echaban de menos la época en la que podían hacer lo que quisieran, donde quisieran, sin preocuparse de que una foto pudiera acabar en alguna página web de cotilleos. A ella apenas la reconocían ya; había pasado una década de su momento de gloria. Y tampoco es que Taylor fuera carne de revistas del corazón, pero su cara estaba por todas partes, por lo que de vez en cuando interesaban noticias relacionadas con él.

—¿Es nuevo?

Taylor deslizó las yemas de los dedos por el hombro de Olivia y ella se estremeció un poco. Aún tenía la piel dolorida bajo el último tatuaje que se había hecho. Era un diseño floral, colorido, que abarcaba desde el final de la clavícula hasta el hombro y descendía por la parte externa del brazo casi hasta llegar al codo. No tenía ningún

significado especial; hacía ya tiempo que no necesitaba que algo fuera trascendental para llevarlo de por vida sobre su piel. Simplemente, le parecía bonito y Olivia había aprendido después de muchos años a disfrutar de las cosas que le gustaban. Faltaban algunas semanas para que el tatuaje estuviera cicatrizado y en su máximo esplendor, pero aun así no había podido resistirse a la tentación de usar una camiseta sin mangas para lucirlo al aire por primera vez.

—Me lo he autorregalado por los treinta y cinco. Un poco locura, ¿no?

—Es precioso. No sé... muy tú. —Ella le respondió con una sonrisa de gratitud. Sí que aquel tatuaje era muy ella, Taylor no lo había dicho por decir. Atrevido, luminoso, lleno de color—. Yo... también tengo algo para ti.

—¿En serio? ¡No hacía falta, Tay! Yo nunca te regalo nada.

—No pensarías que iba a venir a cenar contigo el día de tu cumpleaños con las manos vacías, ¿no? Mi madre me habría partido la cara.

—Pero eso es porque tu madre me adora.

—Eso también es cierto. Mejor que no se entere de que hemos quedado o desempolvará la pamelá.

Se rieron, porque era cierto. Olivia casi se había criado en casa de Taylor, después de haber sido su mejor amiga desde que eran unos niños. Había sido la protegida de Mike y Chris, los hermanos mayores de Tay, que siempre bromeaban con que Olivia era la favorita de su madre, la hija que nunca había tenido en una casa en la que la testosterona adolescente rebosaba por las ventanas.

Taylor metió la mano en el bolsillo interior de su cazadora y sacó un sobre.

—¿Qué es esto? —Olivia lo miró intrigada. No es que a ella le fuera mal la vida, pero sabía que Taylor nadaba

en dólares y, de repente, sintió un pánico atroz a que le regalara por su cumpleaños un cheque o algo así.

—Ábrelo y lo sabrás.

—¡Joder!

Olivia se quedó con la boca abierta cuando vio el contenido de aquel sobre. Era el título de propiedad de una fotografía que se había subastado unos días antes en Christie's, en Londres. Una imagen de Twiggy, la mítica modelo inglesa de los años sesenta, en blanco y negro, retratada por Barry Lategan en 1966. A ella la apasionaba la moda, mucho más que a Taylor, y siempre estaba al tanto de las subastas, los mercadillos y otros lugares donde pudiera encontrar objetos únicos. Tanto su piso de Chelsea como la oficina de su escuela de modelos estaban decorados con fotografías de gran tamaño de momentos históricos de la moda, portadas célebres de revistas e incluso prendas icónicas con las que había conseguido hacerse tras pagar pequeñas fortunas. Olivia fingiría no saberlo, pero había leído que esa foto que le estaba regalando Taylor había alcanzado un precio final de dos mil trescientas libras esterlinas.

—Pero ¡tú estás loco! No puedo aceptarlo.

—Venga ya, Liv. Te encanta.

—Pues claro que me encanta, pero te ha costado una barbaridad de dinero, Tay.

—¿Hace falta que te cuente cuánto me han pagado por las cuatro fotos en calzoncillos que hice el miércoles?

—Sé lo que te han pagado, no seas chulito. Becky está escandalizada por lo sobrevalorado que estás.

—Becky no es la más adecuada para hablar, que bien que se lleva el quince por ciento de esa pasta.

—Muchísimas gracias, Tay. Me encanta, pero eso ya lo sabes.

—Te la enviarán a la escuela en dos o tres semanas. Eso me han dicho.

—La pondré en un lugar especial.

Taylor se felicitó por haber tenido aquella idea. El día que había recibido el mensaje de Olivia para invitarlo a cenar por su cumpleaños, se había quedado muy sorprendido y había pensado en pedirle consejo a Becky sobre qué comprarle. Pero, cuando ya tenía su número marcado en el móvil, decidió dar marcha atrás. Había cosas que a Olivia siempre le habían encantado, y la historia de la moda era quizá su mayor afición. Hizo una pequeña búsqueda entre webs de subastas y supo que aquel retrato, tan sesentero y minimalista, la volvería loca. Además, no le apetecía que Becky supiera que habían quedado y los torturara a ambos con una sesión de «ji, ji, ji» y «ja, ja, ja», que eran las reacciones habituales cuando se enteraba de que se habían visto.

La música trajo a Taylor de vuelta de sus pensamientos. Sonaba *Oops!... I Did It Again*, de Britney Spears. Se le escapó una carcajada al recordar lo mucho que le gustaba a Olivia aquella canción cuando eran adolescentes, y ella se lo confirmó dando saltitos mientras le pedía que salieran a bailar. Él se negó dos, tres, cuatro veces... hasta que se resignó; ella no pensaba rendirse, así que la acompañó, no sin antes conseguir otra copa para superar el bochorno de bailar lo que Olivia consideraba «un tema-zo» y él, una prueba fehaciente de que se estaban haciendo viejos, pues la gente más joven que los rodeaba ni siquiera parecía reconocer la canción.

—¿Y para mí no hay? —protestó Olivia mientras señalaba la bebida de él.

—Vas a ser madre, Olivia. Compórtate —le respondió, muy serio, aunque se le escapó la risa demasiado pronto—. Bebe de la mía.

No le vendría mal, porque Taylor no estaba muy sobrio, la verdad. El vino de la cena, el *whisky* del club... y la conversación lo habían hecho tambalearse un poco. Esa

no era una gran noticia, porque había una cosa que a Taylor le había fascinado siempre de Olivia por encima de cualquier otra: que ella nunca había sido consciente de lo atractiva que era, de cómo arrastraba miradas a su paso, del modo en que seducía precisamente sin hacerlo. Siempre había sido una chica preciosa; perfecta, decían algunos, en sus años de mayor éxito sobre las pasarelas. Pero solo Taylor sabía que ella era igual desfilando para Victoria's Secret con unas alas a su espalda y un sujetador de dos millones de pavos que lo había sido a los quince años montando en bici con él, con unos pantalones vaqueros y una camiseta gigante de fútbol con el cincuenta y cuatro a la espalda que él le había prestado.

El baile en la pequeña pista de aquel club..., joder, lo estaba volviendo medio loco. Él nunca había ocultado que Olivia lo atraía, por más que sus sentimientos por ella hubieran cambiado hacia el final de su matrimonio. Y, aunque ella no se diera cuenta, con sus contoneos al ritmo de Britney Spears lo atraía a él y a cualquier persona que tuviera ojos en la cara dentro del local. Quiso pedirle que parara, no por celos, sino porque él mismo estaba a punto de hacer una estupidez. Pero Olivia era un alma libre, así que a Taylor no le quedó más remedio que optar por la única alternativa: hacer una estupidez bien grande.

—Está bien. —Se acercó a ella y le rodeó la cintura con un brazo. Lo hizo con fuerza, pero no impidió que el bamboleo de sus caderas lo envolviera, y eso envió un latigazo de placer a su entrepierna. Podría culpar al alcohol, que no era del todo inocente del delito, pero... no diría algo como lo que estaba a punto de soltar solo por razones éticas—. Acepto.

—¿Qué? —Olivia abrió los ojos como platos. Excepto una noche cuatro o cinco años atrás, durante la fiesta de Fin de Año de Becky, hacía demasiado tiempo que no

tenía un contacto tan cercano con Taylor. Bueno..., de hecho, cuatro o cinco años ya era mucho tiempo.

—Que acepto tu propuesta. Te haré la... donación. Puedes contar conmigo.

—¿En serio? —Ella le sonrió con un gesto de agradecimiento tan profundo que él supo de inmediato que no habría podido negárselo jamás.

—Pero con una condición. —A Olivia el tono de voz de Taylor le pareció tan sensual que no supo si era real o lo estaba imaginando. Lo sintió acercarse a su oído, pero no lo vio, porque cerró los ojos por instinto.

—Tú dirás —le dijo con un titubeo.

—Mírame. —Ella le hizo caso—. No quiero correrme en un puto vaso de plástico. Creo que sabes mejor que nadie... —La recorrió de arriba abajo con la mirada y ella sintió como se le ponía toda la piel de gallina—. Creo que sabes mejor que nadie dónde me gusta correrme. Me encantará ayudarte a ser madre, pero... preferiría que fuera a la manera tradicional.

—¿Qué quieres decir?

Claro que Olivia sabía lo que él había querido decir, pero sus neuronas habían dejado de hacer sinapsis en el momento exacto en el que él había utilizado por primera vez el verbo «correrse», y ya ni se contoneaba ni escuchaba siquiera la música. Se había quedado paralizada en el medio de la pista de baile, con las manos temblorosas y la cara convertida en una fuente de calor que poco tenía que ver con que estuvieran en pleno mes de julio.

—Creo que me has entendido a la perfección.

Taylor le dio un beso en la mejilla; largo y sentido, como solían ser los que compartía con ella... y se marchó. Ella tardó unos segundos en reaccionar; se había quedado mirando su estela casi como si de verdad fuera visible. Se recompuso como pudo, recuperó su cazadora del sofá y

emprendió el camino a casa con la sensación de que, ni utilizando toda la imaginación del mundo, habría esperado que la noche de su gran petición a Taylor acabara con esa enorme pelota sobre su tejado.